

CRÓNICA DE ESPECTÁCULOS

El Teatro Municipal

EL desastroso resultado financiero de la última temporada lírica ha dado oportunidad al debate de algunas ideas relativas a la organización de los espectáculos que se presentan en nuestro Teatro Municipal. A este propósito se ha hecho notar que los fabulosos sueldos exigidos por los cantantes de fama mundial—aun por aquellos que se encuentran en plena decadencia—no se encuentran al alcance nuestro. Es indudable que ya los sueldos gravan el presupuesto en forma extraordinaria, impidiendo de este modo la dedicación de sumas importantes a la renovación de los decorados y al montaje de algunas novedades; aparte de que en ningún caso compensa pagar tan elevados emolumentos a artistas que han de recurrir al recitado y al juego escénico para disimular la ausencia de voz. Algunas personas aprovechan esta ocasión para decir que no hace falta la renovación del repertorio y que en los contratos firmados por la administración del teatro ha de predominar un criterio esencialmente comercial, con el objeto de presentar las óperas que el público, acostumbrado a oír desde tiempo inmemorial, tararea *sotto voce* en plena función. Es de hacer notar que en los artículos de prensa en que se ha preconizado tal idea se habla al mismo tiempo de una misión cultural, que se habría impuesto la Municipalidad de Santiago, que representa el extremo opuesto de ese criterio mercantil que se pretende imponer. Se dice que los entendidos en música, «los refinados» como se les denomina, exigen más de lo que puede ofrecerse. Y esto no es verdad. El repertorio de las compañías líricas que han actuado entre nosotros desde hace veinte años a esta parte, ha sido constituido por un mismo núcleo de obras; solicitar novedades, en este caso, no equivale a pedir gollerías, ni a pretender que en el Municipal se presenten estrenos de carácter mundial. Hay multitud de óperas que permanecen ignoradas del público santiaguino, a pesar de hallarse desde hace mucho tiempo en el cartel de todos los teatros europeos, del Colón de Buenos Aires y el Solís de Montevideo. Presentar algunas de éstas en Chile no significa más que remozar un poco el repertorio de la temporada; en ningún caso representa una actitud de avanzada.

La situación ha adquirido su verdadero relieve en el pre-

Crónica de espectáculos

sente año. Los precios fueron relativamente bajos, se concedieron cinco entradas a los palcos; se presentaron funciones populares; se recurrió al estreno de Boris Godunof con Chaliapin, de Salomé y de Pelléas y Mélisande; a mayor abundamiento, se les regalaron a los abonados las entradas correspondientes a la función en que fué estrenada esta obra de Debussy. Si a pesar de estos esfuerzos la temporada ha significado un desastre económico, ¿dónde está la raíz del mal?

El hecho anotado no quiere decir otra cosa, a juicio nuestro, que la afición a la ópera ha desaparecido entre nosotros. Que este espectáculo no concuerda con el espíritu de la época, ni siquiera en Chile, en donde en materias culturales caminamos con veinticinco años de atraso. Y no puede argüirse que, en lo financiero, la actitud de «los refinados» haya tenido grande influencia, pues sabido es que la mayoría de los abonados y asistentes a las localidades de valor se recluta entre aquella gente que hace de estos espectáculos una función de carácter social. En consecuencia, puede decirse con exactitud que la falta de afición a la ópera ha llegado a la masa, al gran público; y en tales condiciones, reducirse al antiguo repertorio, al que hemos escuchado desde hace tanto tiempo, no va a producir otro resultado que agravar el problema.

A nuestro juicio, llegado es el caso de renunciar a la ópera. Si no en absoluto, al menos a la temporada oficial y al arte italiano. De este modo puede el Municipal dedicarse a otros espectáculos más concordantes con el espíritu de la época, que gozan del favor del público y que al mismo tiempo pueden significar un avance cultural. Bien pudimos comprobar el caso de 1929, con las temporadas del conjunto de ópera rusa, por cuenta de un empresario particular, y de la genial Josefina Baker, que de presentarse en el Municipal, por cuenta de su administración, hubiera constituido buena fuente de ingresos para la corporación edilicia. ¿Por qué no tomar en cuenta esta experiencia? ¿Por qué no recurrir a espectáculos de fama mundial, cuyo costo es muy inferior al de un conjunto lírico, y cuyo éxito parece asegurado? Las temporadas que se han realizado en otros años de teatro francés, español, italiano y aun alemán, han constituido siempre un éxito. Recordemos solamente los nombres de Francen, Dermoz, Vilches, López Heredia, Vera Vergani, Wegener. En esta materia se puede disponer en la actualidad de conjuntos que son desconocidos de nuestro público, cuya calidad es garantía de éxito y cuya presentación equivaldría al desarrollo de una verdadera misión cultural.

No es imposible imaginar cuánto representaría en nuestro ambiente la influencia de espectáculos que estuvieran a cargo, v. g., de María Melatto (teatro dannunziano), Marta Abba (Pirandello), los Pitoeff, Guitry, Vera Sergine (teatro francés), Berta Singerman y su teatro de cámara, el conjunto de Loie Fuller y cualquier otro de naturaleza semejante al de la Opera Privé que nos visitara en 1929. La suma que anualmente se destina a subvencionar la temporada lírica daría margen suficiente para hacer frente a los gastos iniciales que demandaría el viaje de los elementos artísticos que hemos enumerado. Su éxito estaría asegurado de antemano. Ante los entendidos, por la calidad de los actores y su repertorio; ante los snobs, por la elegancia de sus presentaciones y por el éxito que los ha acompañado en todas las temporadas que han realizado en París y otras capitales europeas. De este modo pudieran combinarse, a nuestro juicio, lo comercial y lo artístico. Nuestra Municipalidad cesaría de hallarse ante un balance sistemáticamente desfavorable, y el público descansaría de los arrumacos de Puccini, Verdi, Donizetti y Massenet, de los cuales se muestra hastiado.—A L F A.